

**HECTOR BURGOS STONE**

**EN LA RUTA DE LOS  
MUNDOS PERDIDOS**

Novela

**Ediciones Hirana Padme**

## Capítulo I

### HYPERBOREA, UN MUNDO DE LUZ

A la hora quinta, cuando el gallo anuncia el despuntar del nuevo día, luces de antorchas, surgiendo de entre las tinieblas, avanzaron hacia el centro de la planicie, desde diversos puntos.

Allí se alzaba la casa de los astros, una gran elipse de pórticos de piedra, abiertas hacía todas las dimensiones.

Se escuchaba desde lejos el canto de los romeros, aumentando en intensidad, a medida que los grupos se acercaban.

Llegados a la elipse, algunos de ellos se instalaron en el interior, mientras la mayoría permaneció en torno, con sus antorchas en alto.

Los concurrentes unieron sus voces en un canto solemne, como una invocación dirigida al cosmos. Luego, las voces se acallaron, y las antorchas fueron apagadas. Una claridad fantasmal empezó a insinuarse en el cielo, en tanto a lo lejos se dibujaba la negra silueta de las colinas.

La luz creció en intensidad hasta que, de pronto, el Sol, semejante a un dragón de ámbar dorado, surgió del horizonte, claro y majestuoso.

Un rayo de luz arrancó vivo destello de la punta de una piedra, hincada en tierra a cierta distancia, y de aquí se prolongó hacia el interior de la elipse, a través de la puerta principal, tocando el monolito mayor. La muchedumbre estalló en un grito de júbilo. El equinoccio de primavera había empezado en ese momento.

En seguida se inició un himno de alabanza al Sol, dispensador de vida, y muchachos y muchachas danzaron, desnudos, celebrando la iniciación del nuevo año.

Sobre la mesa central había astrolabios y anteojos de observación. Los astrónomos, vestidos de blanco, efectuaban cálculos velozmente, por medio de ábacos, y los anotaban en papiros.

Vi entre ellos a mis padres, Maggy y Joseph Swanson, quienes me habían invitado a esta ceremonia, a la cual asistían sabios y videntes de diversas partes del mundo.

Los Swanson me presentaron a algunos de esos ilustres concurrentes: Ka Tel de Mayan; Maité, con sus ojos luminosos y profundos; Meulén, con su rostro hierático; Maghaska, la jovenl Sioux, y otros más, cuya amistad habría de ser para mi muy significativa.

Después se efectuó la tradicional Fiesta del Sol, celebrada con vino, cantos y danza, y fueron rememoradas antiguas leyendas.

En tanto, Maggy y yo nos alejamos de la multitud, paseando por los alrededores, hasta un riachuelo bordeado por unos sauces.

- ¿El acto al cual hemos asistido constituye una ceremonia de carácter religioso? - pregunté.

- Los hechos de los cuales has sido testigo se relacionan con principios cósmicos - dijo Maggy -. Podríamos decir que se trata de conocimientos expresados en una forma simbólica.

- Esta construcción parece ser muy antigua. Para algunos, podría ser un templo. Pero entiendo que se trata en realidad de un observatorio astronómico, que a la vez constituye un gran reloj sideral.

- Sí, así es. En él puedes apreciar la posición del Sol, la Luna y los planetas. Determinar eclipses, equinoccios y solsticios. En fin, comprender las relaciones con las estrellas, y calcular distancias siderales.

- Sin embargo, he experimentado también un sentimiento especial, que podría definir como una vivencia mística profunda.

- Ello se debe a una elevación del nivel de conciencia. De pronto te has dado cuenta de que las relaciones numéricas no existen por si mismas, sino como un símbolo de grandes verdades espirituales.

- Ha sido una experiencia maravillosa. He sentido, en efecto, que el Cosmos no es algo muerto, sino profundamente vivo. Que vive en mi, de igual manera que yo vivo en él.

- Sí. En realidad, no hay un afuera del espíritu, sino que todo está en él. Estamos en todo, y todo está en nosotros.

- Lo que encuentro aún más asombroso es que, al parecer, todos los circunstantes han experimentado la misma emoción.

- Sí, así es. Todos hemos entrado en la misma onda, en una comunión del sentir y del pensar.

- Esa sería la verdadera religión. La casa de los astros es el templo del hombre. ¿Sentirían así nuestros antepasados?

- El conocimiento verdadero no es un concepto frío, sino una vivencia profunda. Los hombres antiguos sintieron profundamente las verdades cósmicas. Las expresaron poéticamente en mitos. Los que vinieron después eran ignorantes. Tomaron esos mitos por verdades, y los hicieron objeto de adoración, creando las religiones, todas falsas y limitadas.

- Así, pues, nuestros antepasados nunca adoraron los astros, sino el don divino que nos trae su luz. ¿Cómo consideraréis al Sol?

- Para nosotros, el Sol no es un cuerpo celeste, sino una ventana del Cosmos, a través de la cual se vierte, desde los mundos espirituales, la luz que anima las formas vivientes.

- Vosotros no formáis, por lo tanto, una casta sacerdotal. ¿Verdad?

- De ningún modo. No somos sacerdotes ni formamos una casta. Hemos consagrado nuestras vidas al estudio de la Naturaleza, al cuidado y protección de todos los seres, tanto hombres como animales y plantas, y al conocimiento espiritual.

- ¿Pero dirigís la vida de vuestro pueblo?

- No. Solamente aconsejamos a los hombres seguir un camino de armonía con todos los seres, formando una hermandad cósmica. Nosotros no exigimos la obediencia a falsos conceptos, a una divinidad cruel e inhumana, a un estado despótico y frío. Al contrario, nosotros no creemos en dioses, ni en un orden social impuesto. Nosotros predicamos la rebeldía contra todo lo que pretende limitar el espíritu del hombre. No enseñamos la muerte, sino la vida. No enseñamos el odio, sino el amor.

- Pues, yo siento ser uno de vosotros. He venido de muy lejos, para conoceros por mi mismo. No a través de libros, sino en persona. Mi mundo se halla en una edad oscura. Por momentos, hay leves destellos de luz. Pero la mayoría está en tinieblas. Necesitamos más luz. ¡Mucha luz! ¿No podríais, desde las profundidades del tiempo y el espacio, llevar un poco más de claridad a nuestros espíritus?

- Siempre lo hemos hecho. Los pueblos, en diversos tiempos y latitudes, nos han llamado con nombres distintos: Amautas, Druidas, Magos, Chamanes y otros. Pero todos ellos significan "Los que Ven" o "Los Que Conocen". Y toda nuestra existencia es un conocer, que nos permite ayudar al florecimiento de la vida.

- Sois, por lo tanto, seres de luz.

- Somos seres de luz, y estamos contigo por siempre.

Guardamos silencio. El arroyo murmuraba una canción feliz. Luego regresamos a la casa de los astros, de piedra basta y desnuda, pura, elemental, el templo del hombre, de los pórticos transparentes, contruidos de piedra y aire.

La multitud se dispersó sin prisa, cantando. Los amigos nos despedimos, sonrientes, agitando la mano en alto, como si pronto fuéramos a encontrarnos de nuevo.

Y esto sucedió en Hyperbórea, la tierra de los inmortales, en un tiempo que no puedo precisar.

No sabía yo entonces que había de convertirme en un explorador. De este mundo, y también de otros mundos. Los cuales empiezan en nosotros, y están en nosotros mismos.

Maggy me enseñó a buscar en mi interior, y a encontrar la relación con lo externo. Otros amigos, Ka Tel, Maité, Meulén, me señalaron caminos hacia otros mundos. Esos mundos no se han perdido. Están en nosotros.

Desarrollé la capacidad de viajar a través de diversos niveles de energía, o universos paralelos. Y así mismo, de bucear en el océano del tiempo. Más allá de las fronteras imaginarias que limitan al hombre.

Un día, muy joven aún, al mirar de pronto a través de una ventana, comprendí que el cielo diáfano, luminoso, era uno solo con mí alma. Que lo de afuera es igual a lo de adentro. Y que todo es uno.